

Sobre la piedad

André GIBERT

biblicom.org

Índice

1 - Los peligros de la apariencia de la piedad	3
2 - Unas relaciones vivas con Cristo	3
3 - La piedad, elemento vital para la Asamblea de Dios	4
4 - La vida de la Asamblea depende de la piedad de los individuos . . .	4
5 - No dejar a la colectividad religiosa la responsabilidad de las relaciones con Dios	4
6 - La piedad formalista se apoya en la profesión religiosa colectiva, a diferencia de la verdadera piedad	5
7 - El cristiano formado por la comunión con Cristo	6

Subtítulos añadidos por Bibliquest

El hombre piadoso es aquel, conocido por la fe, cuya conducta gusta a Dios porque no tiene otro motivo que agradar a Dios.

1 - Los peligros de la apariencia de la piedad

La forma de la piedad da el hombre religioso, y si solo existe esta forma es una condición de las más peligrosas: se profesa conocer la verdad, se tiene entre las manos, pero no se somete a su acción. Sabiendo lo que agrada a Dios, se hace lo que agrada al corazón natural. Así era con los paganos de [Romanos 1:18](#), y así es con el estado, mucho más grave, de los «hombres» de los malos tiempos de los últimos días, quienes, en posesión de la verdad cristiana, tienen «la apariencia de piedad» pero han negado «el poder de ella» ([2 Tim. 3:5](#)). En realidad, están «sin piedad» (v. 2, el significado literal aquí es: sin santidad).

2 - Unas relaciones vivas con Cristo

La piedad es algo personal, como las demás cualidades que el creyente está llamado a añadir sucesivamente a la fe ([2 Pe. 1:7](#)). Supone que existen relaciones directas entre el alma y Dios (de ahí que hay vida de Dios), y que son mantenidas (de ahí que la fe es sincera y activa). Recordemos que estas benditas relaciones son sobre todo relaciones de santo *temor* y *confianza*, y también de *gratitud* y *obediencia*. La fuente de su vitalidad brota del interior, es individual: es el conocimiento personal de Cristo tal como la Palabra lo revela. La piedad es real en proporción al lugar que ocupa en el corazón y en la vida del creyente este «misterio de la piedad», que es el secreto por el que se produce toda piedad, y que hace su fuerza, su «poder». «¡Grande es el misterio!» ([1 Tim. 3:16](#)).

3 - La piedad, elemento vital para la Asamblea de Dios

Es de la misma grandeza de este misterio que la Asamblea obtiene su eminente función. Cumple esta función de forma imperfecta, por desgracia, porque quienes la componen no dan al misterio de «Dios fue manifestado en carne» el lugar que le corresponde. El grado de piedad de cada uno determina su conducta «en la casa de Dios», y de la conducta de todos depende el orden en el interior y el testimonio en el exterior de esta casa, «que es la Iglesia del Dios vivo, columna y cimiento de la verdad» (1 Tim. 3:15).

4 - La vida de la Asamblea depende de la piedad de los individuos

Aquí hay una corriente que no se puede invertir. No desciende de la Asamblea, de la Iglesia, al individuo. Por muy precioso que sea el hecho de la existencia de la Iglesia, ella no comunica la piedad ni la fe. Tampoco la garantiza. No se puede sustituir a la comunión personal con Cristo. Tanto valen los componentes, tanto vale el conjunto. Cualquier influencia que pueda ejercer en la conducta de los individuos, la ejerce solo externamente, y de hecho indirectamente. Puede exhortar, disciplinar, etc., pero no puede producir por sí misma la piedad. No dispensa las gracias, las recibe de lo alto, es objeto de ellas por parte de Dios; Cristo las asegura; el Espíritu Santo las distribuye y regula su uso, en diversas operaciones, para el bien común; pero la obra se hace en los individuos. La piedad se manifiesta en la adoración, en las buenas obras, en la santidad práctica, pero estas manifestaciones, aunque dan a la vida de la Asamblea su nivel actual, son producto de la piedad personal, y no puede ser de otra manera.

5 - No dejar a la colectividad religiosa la responsabilidad de las relaciones con Dios

Ahora bien, cuando solo existe la forma de la piedad, sin su poder, vemos que el individuo se esconde, por así decirlo, detrás de la colectividad. ¿Qué es, en efecto,

guardar esta forma mientras se niega este poder, sino pretender pertenecer a un cuerpo religioso que profesa el nombre de Cristo, y vivir según los pensamientos del propio corazón, dejando a este cuerpo la responsabilidad de las relaciones con Dios? Que los ministros de mi religión hagan lo correcto para mi suerte en el más allá. El organismo en cuestión, que al mismo tiempo asume tales responsabilidades y acepta tales afiliaciones externas, solo conserva en sí mismo, en estas condiciones, la apariencia de vida, cuales sean sus otras actividades y objetivos. Aquí reconocemos la condición general de la cristiandad en la que estamos, en el camino hacia la apostasía que se consumará cuando se abandone la propia profesión. Mientras los organismos profesos permanecen, de una u otra forma, el individuo obtiene de ellos su calificación religiosa. Bendito sea Dios que distingue, dentro de este estado de cosas, a muchas almas piadosas que tal vez solo él conoce; el Señor dará su recompensa a los que no han conocido las profundidades de Satanás, y a los que no han manchado sus vestiduras (Apoc. 2:24; 3:4); pero otra cosa muy distinta es tener conciencia de participar como elemento vivo en un Cuerpo que vive porque sus miembros viven por el Espíritu de Dios.

6 - La piedad formalista se apoya en la profesión religiosa colectiva, a diferencia de la verdadera piedad

La piedad formalista, la negación de la verdadera piedad, se concibe mal fuera de una profesión religiosa colectiva; no tendría ninguna razón de ser sin ella. Un vestido no se sostiene por sí solo; la profesión necesita apoyarse en algo, incluso sobre un esqueleto. Para el simple profeso, el cuerpo religioso al que pertenece no es más que un órgano honorable de la sociedad, del mundo. La verdadera piedad, en cambio, no necesita ningún apoyo terrenal, y sobrevivirá en las situaciones más diversas, incluso en las más difíciles, incluso en las más aisladas. Lleva a los fieles a separarse del mal, aunque deban permanecer solos; ha dado a muchos creyentes en el pasado la fuerza ante el odio, ser apartados de la sociedad humana, perseguidos, condenados a muerte. Pero la mayoría de las veces el Señor concede, a los que vinculan en su corazón Su nombre, el favor de reunirse en ese nombre, aunque sean solo dos o tres; su profesión colectiva será verdadera según lo sea la piedad de cada uno de ellos. Si siguen «con los que de corazón puro invocan al Señor», ¡qué bendición se les asegura! A pesar de la ruina, encontrarán que los recursos siguen estando ahí, de modo que, sacando todo de su Cabeza, que es Cristo glorificado, «el cuerpo, bien

coordinado y unido mediante todo ligamento de apoyo», producirá, «según la actividad de cada miembro en su medida», su propio crecimiento para la edificación de sí mismo en amor (Efe. 4:16). Pero si los que han sido llevados a apartarse «de la iniquidad» (2 Tim. 2:19), para reunirse bajo el solo título de la unidad del Cuerpo de Cristo, abandonan el “poder de la piedad”, vuelven a caer en una profesión formalista más pecaminosa que cualquier otra.

7 - El cristiano formado por la comunión con Cristo

No es necesario insistir en la gravedad de esto. El cristiano no debe esperar ser “formado” por la Asamblea, es formado por su comunión personal con Cristo, y es responsable de ayudar, en su medida, a que la Asamblea cumpla su vocación.

Que el Señor nos lo haga tomar en serio. «Pero tú...», decía Pablo a Timoteo. «Pero vosotros...», decía Judas a los «llamados, amados en Dios Padre y guardados por Jesucristo» (v. 1).

Traducido de «*Le Messager Évangélique*», año 1956, página 113